

Toynbee y el origen de la civilización

por

Julián San Valero Aparisi



RNOLD J. Toynbee, autor de *A Study of History*, ha obtenido la actualidad en España a través de la presentación —alta voz resonante— de Ortega y Gasset. El estudio de Toynbee, recibido en su día «como el más ambicioso trabajo histórico de un solo hombre en nuestro tiempo», se presenta como «un intento de referir la totalidad de la historia humana con arreglo a ciertos principios que pueden deducirse de los hechos». Realmente, esta inacabada empresa heroica merecía la resonante presentación (1).

Un intento tal no debe pasar inadvertido a quienes cultivan la Historia, y son muchos los aspectos que cabe estudiar, analizar y aun criticar de la monumental obra de Toynbee. Un punto principal es su distinción absoluta entre Prehistoria e Historia. Lo achacaríamos a su propia teoría contra ciertos historiadores —la mayoría— de que por estar inmersos en su propia circunstancia tiñen con ésta sus visiones históricas. Pero el caso es que en Inglaterra, si bien es general el término «Prehistory», la moderna bibliografía tiene un matiz muy *histórico*, aunque los documentos que se utilizan no sean escritos. El que la primera edición sea de 1934 y la redacción pueda ser muy anterior no lo explica todo, pues el aparato bibliográfico está al día, si bien con abrumadora superioridad anglosajona. Mas como no podemos en esta nota referirnos a *todo Toynbee*, nos limitaremos a uno de sus puntos capitales, en relación con la «prehistoria».

* * *

Toynbee llama *Civilization* a lo que en Spengler (*La Decadencia de Occidente*) son Culturas. En uno y otro historiador los términos son mucho más

(1) Dudamos que la obra de TOYBEE (el plan de su *Study* comprende trece tomos; conocemos seis con más de 3.000 páginas de muy densa lectura) llegue a tener la difusión que merece. Mas quizás el conocimiento ligero y la profusión de citas de la misma extiendan un estrecho criterio histórico y en prevención contra éste y no contra aquélla se dirigen estas notas sobre una discrepancia.

amplios y científicamente más certeros que la proliferación de culturas a que estamos acostumbrados en paletnología. Pero la restricción del vocablo a sólo las culturas «históricas» nos parece —filosófica y culturoológicamente— insuficiente en «un intento de relatar la totalidad de la historia humana». Claro es que, empleando la palabra *Civilization*, cabe la limitación de Toynbee, pues la etimología la liga al fenómeno cultural urbano, en el que aparece asimismo desarrollada la escritura; pero, realmente, Civilización es algo más para Toynbee, como cabía suponer; pues, en verdad, su historiología se refiere no al documento escrito —«lo de pueblos sin historia, dice, es una *question-begging phrase*» (2)—, sino a las grandes y totales creaciones históricas, diferentes de las «sociedades primitivas».

Las civilizaciones son para Toynbee lo mismo que las sociedades primitivas: campos inteligibles de estudio histórico. La diferencia más significativa entre ambas categorías la halla Toynbee en lo cuantitativo: Civilizaciones sólo hay veintiuna, mientras que sociedades primitivas hay cientos y han existido miles; pero éstas tienen una vida breve, relativamente; abarcan áreas geográficas, relativamente reducidas, y comprenden un número relativamente pequeño de seres humanos. Las civilizaciones, por el contrario, con análogas relatividades, perduran en el tiempo, se extienden en el espacio y afectan a gran número de hombres (3).

No entramos aquí en el análisis de las veintiuna civilizaciones —usamos el término en el sentido limitado apuntado—; pero para referirnos a las que Toynbee considera primeras y su relación con substratos primitivos, damos en la página siguiente el cuadro sinóptico en que nuestro autor sintetiza sus culturas y la cronología (4).

Teóricamente, desde el punto de vista cultural, son las primeras las que Toynbee denomina *unrelated*, que traducimos «sin relación», ya que para él las *related civilizations* son las que están en conexión, por filiación o parentesco, con otras, por medio de proletariados externos o internos o por minorías dominantes.

He aquí algunas afirmaciones de Toynbee que, siendo fundamentales en su sistema (5), serán objeto de nuestra revisión:

Las *unrelated civilizations* emergen en completa independencia sin que haya rasgos de anteriores civilizaciones en su pasado. En las «relacionadas»

(2) I, 179.

(3) I, 147-9.

(4) I, 186 Respeto, al traducir, las terminaciones de TOYNBEE, porque están justificadas en su concepción, para evitar toda confusión y prejuicio con los nombres nacionales del presente.

(5) I, 184 y sigs

a. J. C.		CIVILIZACIONES RELACIONADAS				
		CIVILIZACIONES SIN RELACION	Por medio de proletariados externos	Afiliadas por medio de proletariados internos		Ligadas por medio de minorías dominantes
				Con gérmenes creadores ajenos	Con gérmenes creadores indígenas	
4000	Egipciaca + Sumeria					
3000	Minoana					
2000	Sínica (?)	Indica + Hitita + Siríaca + Helénica			Babilónica	
1000	Maya Andina					
d. J. C.			Lejano Oriente (cuerpo principal) Lejano Oriente (Corea y Japón) Occidental + Cristiana ortodoxa (cuerpo principal)	Hindú	Yucateca + Mexicana	
1000			Cristiana ortodoxa (Rusia)	Iránica + Arábica		
2000						

puede explicarse su génesis por su conexión —del modo y grado que sea— con civilizaciones más tempranas; pero, en aquéllas, hemos de empezar su estudio sin indicio que nos indique cómo tuvo lugar su nacimiento. Del cuadro sinóptico anterior aparece que, tanto en el Viejo mundo como en el Nuevo, el modo de emergencia (sea el que fuere) de la primera generación de culturas se hizo absoluto, casi tan pronto como alguna de estas civilizaciones aportó, por el hecho de su existir, un modo alternativo de emergencia. De las ruinas y desintegraciones de estas civilizaciones *unrelated* surgieron las más tempranas «civilizaciones relacionadas». Bajo las condiciones actuales, cuando el mundo entero está inmerso en la red de nuestra Civilización Occidental, es aun posible imaginar la ruina y desintegración de ésta; pero difícilmente cabe imaginar el surgimiento de nuevas civilizaciones sin que estuvieran «relacionadas» en algún grado con la antecedente Civilización Occidental (6). «En otras palabras, la posibilidad de que surjan todavía civilizaciones sin relación,

(6) En cierto modo estas afirmaciones contradicen el sistema de TOYNBEE de considerar absolutamente independientes y tratarlas como tales a cada una de las culturas, considerando triviales los logros de la difusión en la Historia.

parece que hoy ha de ser definitivamente excluída por el hecho cumplido de la expansión mundial de nuestra Civilización Occidental en los planos económico y político...»

Aplica Toynbee a su serie de civilizaciones una serie de conceptos generales a los que, de pasada, nos hemos referido: La filiación o derivación directa de una civilización anterior; el parentesco que liga entre sí a las civilizaciones filiadas con otra; el *Time of Troubles* o período crítico en que, de la sociedad que se hunde, surgen la filial o filiales; el proletariado interno, que son las masas que viven dentro de una sociedad sin participar realmente de sus esencias y que pueden, durante el período crítico, erigirse en minoría dirigente; el proletariado externo o bárbaros externos a la sociedad dada, que pueden provocar la crisis final o alzarse con la herencia del poder decadente, etc.

Sin entrar aquí, reiteramos, en la crítica general de la obra de Toynbee o de su método positivista, no queremos dejar de señalar el excesivo seccionamiento de la Historia en Toynbee, la independencia con que trata cada cultura, a pesar de sus conexiones, consecuencia todo ello de su pensamiento básico de que no existe la historia universal, creación mental de los historiadores occidentales.

La explicación que Toynbee da al origen de las seis civilizaciones *unrelated* es que surgen por mutaciones de las sociedades primitivas. El alcance de esta mutación lo dará el estudio de las diferencias entre ambas especies de sociedades hoy existentes. La diferencia entre las sociedades primitivas y las civilizaciones —además de la cuantitativa indicada— no reside en la presencia o ausencia de instituciones, que existen en ambas, ni en la división de trabajo, también conocida en las dos especies. ¿Será entonces la diferencia de carácter: dinámico, en las civilizaciones, y estático, en las sociedades primitivas? Esta diferencia no es para Toynbee permanente y fundamental. La mutación se da tan sólo «en una transición desde una actividad estática a otra dinámica; y la misma fórmula es válida para el modo alternativo de emergencia de la civilización, por medio de la secesión de proletariados de las minorías dominantes de civilizaciones preexistentes que han perdido su poder creativo», porque tales minorías gobernantes son estáticas por definición. Al fin del tomo I, discutiendo en un anejo la teoría difusionista —un poco a la ligera, pues su crítica es a la escuela hiperdifusionista inglesa de G. Elliot Smith y W. H. Perry (7)—, vuelve Toynbee a referirse a las *unre-*

(7) «Los triunfos más destacados de la Difusión (véase la nota anterior) son principalmente triviales y externos, poco íntimos y profundos...» No creemos que sean tales la agricultura, la domesticación de animales, la moneda, el alfabeto, la matemática babilónica, la filosofía griega, el cristianismo, la imprenta, el maquinismo, etc., inventos todos ellos en los que la difusión es evidente.

lated civilizations más por extenso. Reafirma el tránsito, por mutación, desde las sociedades primitivas, y sólo la discusión del papel de la difusión le lleva a ocuparse de la «cultura afroasiática», en la que Marshall descubre el substrato común de las culturas Sumeria, Egipcia, Minoica y del Indo (8) y de la «cultura arcaica», de la que se dice que han surgido las civilizaciones Maya y Andina. A la luz de esto —se pregunta Toynbee—, ¿habremos de decir que estamos en presencia no de seis civilizaciones independientes y separadas, sino de dos solamente —una en Afrasia y otra en América Tropical— que se han extendido por difusión? La respuesta debe ser negativa, afirma. Aun en el caso de que se admitieran aquellos substratos comunes, las primeras civilizaciones no pueden considerarse simplemente como los productos automáticos de la difusión de aquellas culturas arcaicas, ya que las civilizaciones se diferenciaron por sí mismas por un acto dinámico; y cada uno de estos actos dinámicos y separados tomó forma de la respuesta individual a la provocación particular (*an individual response to a particular challenge*). «Así, la independencia individual de cada una de las seis civilizaciones —dice sobre esto Toynbee— de la primera generación no está negada por la palpable subyacente difusión de las culturas intermedias afroasiática y americana tropical.»

Hasta aquí trata, pues, Toynbee de explicar el origen de las civilizaciones de la primera generación. La primera duda que surge a la consideración es ese «acto dinámico», por el que las sociedades primitivas se transforman en Civilizaciones, en el que se ve más bien un concepto simbólico que un análisis histórico profundo, como cabría esperar en tal obra. Y parece —siendo un punto capital y de trascendencia suma— que dividir la historia de la humanidad en dos etapas, a base de una idea así, es insuficiente a todas luces. Tanto más cuanto que actos dinámicos cabe rastrear, sin duda, siguiendo el sistema de Toynbee, en múltiples culturas prehistóricas. Y, por tanto, lo que interesaría conocer es la respuesta adecuada a las siguientes preguntas: ¿Qué naturaleza especial tendría ese acto dinámico? ¿Qué alcance cultural? ¿Qué trascendencia futura?

Provocación y respuesta apropiada hubo, sin duda, determinando un acto dinámico, en el paso del Arqueolítico al Auriñaciense, dando lugar a una nueva concepción vital que testifica la magia del arte rupestre. Provocación y respuesta dinámica se dieron, seguramente, al transformarse el mundo y la cultura durante el Mesolítico.

Y más evidente y documentado es el acto dinámico que, de la Edad de la Piedra Tallada, llevó a la humanidad a la Edad Neolítica. Este acto dinámico

(8) MARSHALL, J.: *Mohenjo-Daro and the Indus Civilization*, Londres, 1931.

lo hemos estudiado en otras páginas (9) de forma abreviada, y no vamos a insistir de nuevo en sus rasgos, su zona de origen, su cronología, la mecánica de su difusión, etc. Sobre el futuro del Neolítico sólo apuntábamos (pág. 5): «el desarrollo de la misma naturaleza del Neolítico lleva a una lucha por las materias primas, y por el espacio vital, a un paulatino desarrollo de la técnica bélica, a la constitución política de los primeros imperios. Pero estos fenómenos son ya —por lo menos— «Edad del Bronce».

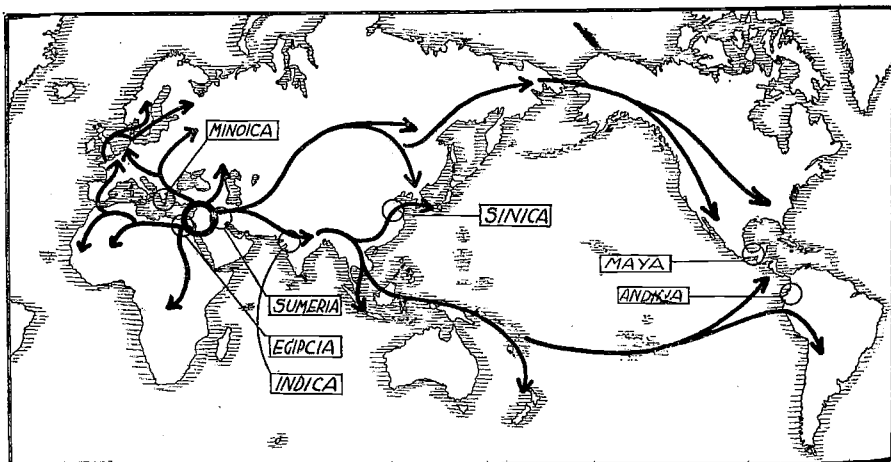


FIG. 1.—Sobre nuestro mapa de la expansión mundial del Neolítico, publicado en 1946, hemos situado los cuadros que representan las diversas culturas iniciales según Toynbee. Nótese cómo ninguna de ellas está fuera de la tierra alcanzada por el Neolítico. (Nuestro croquis fué, naturalmente, hecho con anterioridad a conocer la obra de Toynbee.)

Si se observa nuestro mapa (fig. 1) se advertirá que, gráficamente, hay allí ya una discrepancia fundamental con lo que llevamos expuesto de Toynbee. El substrato cultural afroasiático que concede a su pesar, siguiendo a Marshall, no está desconectado de la cultura arcaica americana. No son dos substratos, sino uno sólo, y este hecho debe tener alguna significación para la comprensión de la historia. No puede sortearse, como Toynbee hace, con una metáfora: que las pirámides son aisladas aunque se construyan cuatro y dos sobre dos plataformas. Por de pronto, si se conoce el Neolítico habrá que pensar en una sola plataforma, y ¿será posible, entonces, seguir pensando en que sólo son seis casualidades o «seis actos dinámicos» los que nos explican el origen de las civilizaciones? ¿No tendrá algo la plataforma, es decir, la cultura neolítica? Porque no cabe olvidar que civilizaciones de tal volumen

(9) «Cuadernos de Historia Primitiva del Hombre», I, 1, págs. 3 y sigs.

(luego discutiremos su número) no surgen en África ni en la zona norte eurasiática.

Este fallo de Toynbee lo consideramos fundamental: no nos basta su teoría del acto dinámico para explicar el origen de la primera generación de civilizaciones. Además de tal acto —y más profundo—, hemos de buscar el motor, y tal germen está indudablemente en el Neolítico, porque ningún acto dinámico en culturas arqueológicas, paleolíticas o mesolíticas hizo surgir ninguna civilización (10). Por tanto, el paso de las sociedades primitivas a la civilización —si se aceptara este anticuado criterio de Toynbee— habrá que situarlo en el tránsito del Mesolítico al Neolítico, la revolución cultural más compleja y profunda de la Historia. Metafóricamente, a lo Toynbee, podemos decir que en Historia para explicar el pan hay que estudiar desde que el grano se siembra. El grano de la civilización es el Neolítico; aun queda mucho para el pan, pero sin aquél no existirá éste.

Si, pues, el neolítico es el substrato cultural previo de las primeras civilizaciones, habrá que buscar en él el *quid* capaz de producir el surgimiento de éstas.

Pero veamos más de cerca las primeras civilizaciones, *unrelated*, según Toynbee (de raigambre neolítica, según nosotros). Primeras en el tiempo (IV milenio a. J. C.) son la Egipcia y la Sumeria; del III milenio, la Minoica; del II, la Sínica; del I milenio, antes de nuestra era, las americanas. No cabe duda hoy de que, con la misma categoría que éstas, habrá que incluir a la Indica, descubierta en Mohenjo-Daro. Harapa y Sind, cuya cronología debe arrancar del IV al III milenio.

De las tres más antiguas —Egipcia, Sumeria e Indica— la relación que guardan con el Neolítico es evidente. En Egipto la cultura neolítica se va enriqueciendo en el tiempo, desde sus fases más antiguas hasta la plenitud faraónica, en la que aun perduran módulos neolíticos. No cabe inventar un acto dinámico, sino analizar el dinamismo creador —y conservador a un tiempo— de continuada acción.

En Sumeria ocurre lo mismo. Desde las aldeas neolíticas de El Ubaid a las primeras dinastías hay casi 20 metros ininterrumpidos de niveles arqueológicos, en los que van sucediéndose los estilos cerámicos; aparece la metalurgia del bronce, el carro, el torno de alfarero, núevos enterramientos, obras

(10) No aludimos, claro es, al surgimiento de una gran cultura durante la edad cuaternaria, pues ello —por difusión precisamente, *pace* TOYNBEE— hubiera cambiado el futuro. Queremos decir que en tiempos en que la cultura neolítica ya estaba ampliamente difundida por la superficie de la Tierra, seguían coexistiendo gentes en estadios culturales paleolíticos o mesolíticos y, sin embargo, no surge de ellas ninguna de las grandes culturas, sino de las gentes que ya habían alcanzado la fase neolítica.

de irrigación, sin duda nuevas gentes... Pero a los dos mil años o algo más, sobre la masa de campesinos, a expensas y como consecuencia de la invención de la agricultura, gravita un nuevo mundo en el que la intensificación social que la urbe, la ciudad, supone lleva aparejada consigo técnicas, instituciones y espíritu, renovados en parte y, sobre todo, adaptados a las nuevas exigencias vitales. Esto es, la nueva cultura es una filial, amplificada, de la anterior neolítica, a través de estadios intermedios, en los que el dinamismo perdurable es evidente. No es acto, es «élan» continuado.

En cuanto a la cultura Indica, Marshall, al publicar sus resultados de Mohenjo-Daro (11), lo expresa de manera brillante, lo que precisamente recoge Toynbee, sin aceptarlo, porque hunde el primer escalón de su sistema. Para Marshall la base previa de las primeras grandes culturas urbanas es la cultura calcolítica. En ella, ampliamente difundida, hay muchas diferencias seguramente de razas, lenguas, signos, dioses, etc., "*but between them all was a fundamental unity of ideas*"... Esta fundamental unidad de ideas, que arranca de la expansión universal de la cultura neolítica, que nuestro aludido mapa refleja, es la que provee al mundo civilizado que comienza, de los siguientes logros: la domesticidad de animales; el cultivo del trigo, cebada y otros granos y frutos; el riego de la tierra mediante canales artificiales y diques; el edificar casas; el urbanismo; el hilado, los tejidos y el tinte; el uso del torno de alfarero y la decoración de la cerámica a la encáustica; la navegación fluvial y el uso de vehículos con ruedas por tierra; el trabajo del oro, la plata, el cobre y el estaño; el recordar la palabra con signos pictóricos; el modelado de adornos de fayenza, marfil, hueso, concha y piedras semipreciosas.

Respecto a las demás *unrelated civilizations* de Toynbee, nuestro reparo es otro. En estas tres anotadas —Egipticia, Sumeria e Indica— hemos negado su carácter de «culturas hongo» por considerarlas, sin restarles con ello merecimientos históricos, sino mejorando su comprensión, frutos espléndidos de la savia neolítica. En las que restan por ver no estaremos en el mismo caso.

En la cultura Minoica no encontramos un caso de floración directa del tronco neolítico, sino que cabe rastrear en ella el doble influjo mesopotámico, a través de Anatolia, y nilótico no sólo en su neolítico, sino en las etapas subsiguientes —ya Edad del Bronce—, que se desarrollan en ambas zonas vecinas y que enriqueciendo el puro neolítico del Egeo permitirán, entre otras concausas, la aparición de lo minoico como la cultura resultante de la tensión del doble influjo y, quizá, de la acción directa de emigrantes egipcios del Delta occidental, huyendo del nuevo poder faraónico, como atisbó Evans.

(11) *Ob. cit.* (nota 8), I, págs. 93 y sigs.

En cuanto a la gran cultura Sínica, surge como las tres primeras del substrato neolítico, que llega a las fértiles tierras de la Gran Llanura que riega el Hoang-ho. Grousset es bien tajante: «La civilización china nació en esta zona con la agricultura» (12).

Los hallazgos neolíticos de China —de Anderson, por ejemplo (13)— nos muestran los útiles de los primeros agricultores (cuchillos y hachas de piedra, vasijas de barro, etc.), que si por una parte son claros prototipos de otros en bronce y hierro de épocas dinásticas, son por otra patente enlace con el neolítico de Anau, en Asia Central. Por el sur, en cambio, los datos arqueológicos y los filológicos parecen apuntar evidentes contactos con las gentes de Indochina, del Tíbet y de Birmania, en donde el Neolítico es de indubitable procedencia índica y, en último extremo, mesopotámica. Si en las fértiles llanuras de *loess* del curso medio del río Amarillo llegó a la civilización, como dice Maspero, «la rama más evolucionada de un grupo chino-tailandés», de origen meridional, no debe considerarse, pues, como un «milagro chino», sino como consecuencia meridiana de la cultura neolítica en circunstancia propicia. Más que el esotérico *acto dinámico* de Toynbee, servirían para explicar el origen de la civilización china, de no buscarlo en el gran hecho histórico que supone el Neolítico, las leyendas primitivas del Celeste Imperio sobre los héroes divinos que antecedieron a la dinastía de los Hia: los Chen-ju, inventores de las instituciones sociales, las artes y las profesiones; Fu-chí, con cola de serpiente, maestro en vaticinios; su hermana Nu-kua, legisladora de ritos matrimoniales; Chen-Nung, agricultor divino, con testa bovina, que enseñó a los hombres a incendiar la maleza y el uso de la azada; Huang-Ti, descubridor de la música y los ritos, del vestido, el calendario y la propiedad agrícola, etc. Después de todo, estos orígenes legendarios no son sino un cendal mitopoético, que malcubre una realidad neolítica.

En cuanto a las dos altas culturas americanas prehispánicas, ya queda aludido en páginas anteriores el hecho fundamentalísimo de que no surgen en una plataforma arcaica, desconectada de la plataforma afro-asiática-europea. Es lógico que Toynbee, que no da importancia al proceso cultural de la difusión, crea que la cultura arcaica —esto es, neolítica— americana puede ser un producto generado *in situ*, sin contactos extraamericanos; pero las rutas que señalan las flechas de nuestro mapa (fig. 1) han visto pasar utensilios de trabajo, armas, vasijas, adornos, instituciones sociales y hasta con-

(12) GROUSSET, R.: *Historia de China*, Barcelona, 1944, págs. 10 y sigs.

(13) ANDERSON, J. G.: *An Early Chinese Culture*, Pekín, 1923; y EL MISMO: *Preliminary Report on Archaeological Research in Kansu*, Pekín, 1925. Véase también MASPERO, H.: «Les Origines de la Civilisation Chinoise, en *Annales de Géographie*, 1926.

cepciones espirituales, etc., que la investigación arqueológica (14) o los trabajos históricos, antropológicos y filológicos de la americanística han descubierto con evidente certeza (15).

Ahora bien, sobre esta buena tierra neolítica que, con todas las salvedades culturales y cronológicas, es de análoga calidad a la prístina del Creciente Fértil, surgen las altas culturas prehispánicas, que Toynbee reúne con las denominaciones de Maya y Andina. Tampoco son éstas una apariencia, un surgir a la historia «sin relación», porque como dice Ballesteros Gaibrois: «el hecho del gran parentesco entre los indios en estado natural y los protagonistas de las altas culturas, nos indica que toda la cultura precolombina es parte de un magno proceso ascensional que, por sus propios medios, con absoluta autoctonía, va desarrollándose en América...». Es decir, sin contacto con otras altas culturas surgen las culturas Maya y Andina; pero también como la Egipcia, la Sumeria, la Indica, la Minoica y la Sínica se desarrollan partiendo de una cultura neolítica.

En conclusión, para nosotros —y de ahí la disparidad con el gran historiador Arnold J. Toynbee— el origen de la Civilización no reside en una mutación misteriosa, que permite a unos pueblos selectos trasponer los límites que dividen la historia primitiva de la historia «civilizada». No hay tal mutación, sino el desarrollo histórico, que, permitido por unas circunstancias favorables, acaece con los gérmenes de la cultura campesina neolítica. En ésta reside la semilla de toda civilización y prueba evidente de ello es que ninguna de las restantes civilizaciones que Toynbee recoge en su cuadro ha llegado a constituirse plenamente por la acción de los proletariados externos o de los internos —indígenas o estimulados desde fuera— o de minorías dominantes. Todas las civilizaciones han precisado, antes de serlo, del pleno dominio del modo de vida neolítico y sobre éste ha podido desarrollarse la civilización. Por eso los árabes nómadas no fueron civilización hasta que dejaron de practicar el nomadismo y los mongoles no llegan a ser civilización. No basta ser neolíticos a medias con la ganadería, hay que asimilarse —de grado o por fuerza— la agricultura. *Weltgeschichte ist Bauerngeschichte*, ha escrito Kornemann.

La razón de ello no es misteriosa: la fijación a la tierra en lugares de elección, la creación de aldeas, el aumento de la población, el crecimiento necesario de problemas de tipo económico y social, la diferenciación de ofi-

(14) Algunos datos sobre este aspecto puede verse en mi estudio «El Neolítico español y sus relaciones», actualmente en prensa.

(15) Cfr. las obras de KROEBER: *Antropología General*, 1945; IMBELLONI: *Culturología*, 1936 y monografías; PERICOT: *América Indígena*, 1931; BALLESTEROS: *Historia de América*, 1946.

cios, la necesidad de cooperación para trabajos de utilidad común, el enriquecimiento espiritual que esta convivencia supone, la imposición de una monarquía, los inventos del calendario, la escritura y la metalurgia, la apetencia de nuevas tierras y de materias primas, la creación de ejércitos, la organización institucionalizada de las creencias, etc

En suma, la Civilización surge como consecuencia de la Revolución Neolítica. Las primeras civilizaciones derivan directamente de pueblos neolíticos; las demás, indirectamente, puesto que en ellas actúan el substrato neolítico, los desarrollos históricos que el tiempo y las relaciones de pueblos impusieron en aquél y el impulso que cada grupo tuvo para hacer valer su propia circunstancia histórica.

